

LA VOZ DE LA CARIDAD.



NUM. 124.—1.º de Mayo de 1875.

*Dios es caridad. (San Juan
Epíst. I, 4, 8.)*

ADVERTENCIA.

La Redaccion de **La Voz de la Caridad** se traslada á la calle de los Reyes, 20, 2.º derecha, donde se recibirán las limosnas, sean en metálico ó en ropa, trapos, hilas, etc., de las personas caritativas que por nuestro conducto quieran socorrer á los pobres y á los heridos. La Administracion continua, Serrano, 20, 2.º

EN NOMBRE DE LOS HERIDOS.

Damos gracias por su caridad á las personas siguientes:

María.....	Una sábana.
Señora de Lagunero.....	Trapos.
Señora Doña Francisca Nieto por mano de D. José Mendez.....	Tres camisas usadas, trapos.

FLORES MENUDAS.

A Rosa de Vall-Vidrera.

FAUSTO.

Mi querido amigo: desde las páginas de **LA VOZ DE LA CARIDAD**, revista bienhechora, que los dos apreciamos tanto, me has enviado un recuerdo de cariño que mi corazon te agradece. Lo recibo en este

momento que á mis manos llega el cuaderno correspondiente al día de ayer, 15 del presente abril. Con bellas frases y concepto delicado conmemoras una conversacion ya antigua de nuestra vieja amistad, y me refieres cierta anécdota sencilla é interesante de una familia pobre y feliz, en que resaltan la paz y contento de almas candorosas, la turbacion producida por una falta no criminal, la resignacion hija de santa creencia y de pura moral evangélica, y la nueva alegría, en fin, que cual sol de limpia mañana renace en aquellos espíritus, dispuestos á mitigar la pena con su fortaleza y á engrandecer el contento con la emocion de la gratitud.

Bello es el cuadro que me dedicas. ¿Con qué pagarlo?

Es tu ofrenda amistosa una de aquellas *flores menudas* que se encuentran en el campo de la vida. Acaso indiscreto y negligente las pisa nuestro pié, y solo nos apercibimos de su existencia al sentir la grata fragancia que, conmovidas, despiden á nuestro paso. De esas flores, amables solitarias de laderas y montañas, yo he contemplado muchas. Anduve entre ellas por vocacion innata, pues ni temo á la soledad, ni me desplace la morada sencilla, ni el abierto horizonte de esas existencias humildes y fragantes, con perdon sea dicho de quien halle, y con razon, impropio el dictado. Si yo fuera botánico, te confieso que formaria con predileccion los ramilletes y colecciones de mi estudio humilde con esas *flores menudas* del campo y la montaña. Y ya que otra cosa nó, como simple aficionado, guardo alguna de ellas, cogida por mi propia mano de su tallo nativo, y testigos de mi emocion los cielos. Y pues que me recuerdas á Barcelona, cuna de nuestra amistad, por cuyo suelo ambos pasamos, bienaventurados peregrinos, recibiendo hospitalidad graciosa, no ciertamente para olvidada, de Barcelona sea, ó mejor dicho de sus poéticos y quebrados alrededores, la flor que yo elija de aquellas que nombré, menudas y olorosas, para enviártela en señal de afecto como amigo, y en señal tambien de la gratitud propia del corazon no mal nacido, al cual obliga tu ejemplo.

Tú sabes que á menos de una legua de la ciudad condal, hay un collado pintoresco, y en aquel collado, tránsito al Vallés, tiene su asiento el pueblecillo de Vall-Vidrera. Sus casas parecen nidos de palomas, que se asoman desde allí á mirar sin envidia á la rica metrópoli y á los tendidos espacios del azulado mar. Serpentea por aquella parte un gracioso sendero, que desde San Gervasio, pasando por Vall-Vidrera, sube hasta la mas alta cumbre de la vecina montaña, que domina á Barcelona á la inmediata costa, y las anchuras dilatadas del mar hasta las Islas Baleares, que se divisan allá á lo lejos entre neblina, en las mañanas despejadas y serenas. San An-

drés de Palomar, Horta, Sarriá, Poble-Nou, Pedralbes, San Gervasio, Gracia, Barcelona, Monjuí, Sans, y las fábricas con sus altas chimeneas, y las granjas con sus jardines, y las excelentes carreteras llenas de ligeros *omnibus*, y los ferro-carriles de Mataró, de Granollers, de Sarriá, de Martorell y Reus con sus trenes incesantes, y los buques de entrada y salida del animado puerto, todo se mira á los pies desde aquella cumbre, estando cara al mar, que se estiende por levante, y volviendo la vista al ocaso se divisa todo el Vallés hasta la montaña famosa, de grave y singular aspecto, llamada Monserrat. A mitad de su gigantesca altura y entre inmensas rocas cónicas, se descubre la fábrica atrevida del monasterio de Benedictinos, que con varias vicisitudes ha existido en aquel lugar sublime desde el siglo sexto de la era cristiana. Y los monjes de San Cugat (ó San Cucufate) del Vallés, que subian en sus paseos hasta ese punto, bautizaronle sin duda con el nombre oportuno de *Tibi-dabo*, que tú conoces, aludiendo á aquel pasaje del Evangelio, en que se refiere una de las tentaciones del desierto: *Tibi dabo omnia quæ vides*: Te daré cuanto de aquí divisas, si te prosternas y me adoras.

Te digo todo esto para esplicar el por qué yo pasaba todos los dias por la senda de Vall-Vidrera en busca de aquella cumbre; hacia alto allí, descansaba y bebia un gran vaso de rica leche, y proseguia despues hasta la altura deliciosa, para pasar en ella algunas horas contemplando aquella especie de tierra de promision, y aquellos horizontes tan sublimes y dilatados. Una de las casitas, ó mejor cabañas, de Vall-Vidrera, era la cabrería, en cuyo tosco banco de madera me sentaba yo á descansar. El pastor cuidaba de las cabras; su mujer cuidaba de otro rebaño mas reducido de inquietos cabritillos, que tales venian á ser cuatro ó cinco hijos de corta edad, robustos, colorados, candorosos y juguetones, que trabaron amistad conmigo. Y daba realce y dignidad al personal de aquella pobre pero dichosa familia, la anciana Rosa, madre de la pastora, de unos sesenta años de edad, de ternura y bondad notorias, maneras comedidas, mirada modestísima, y de una sencillez encantadora. Conservaba casi la agilidad y alegría de los nietecillos que á su alrededor triscaban, por supuesto sin su inquietud y travesura. Su ocupacion principal era bajar á San Cugat, á Sarriá, á San Gervasio y aun á Barcelona, llevando sobre una pollina cántaros de leche, y trayendo de retorno á su cabaña vituallas, que la familia habia menester.

Mi amistad con aquellos niños me valió un baston blanco de espino silvestre, que me regaló el pastor á cambio de algun pedazo de salchichon y de pan blanco, que yo compartia con ellos: pero la que contraje con la anciana Rosa, cobró carácter mas profundo y deli-

cado. Su gran semejanza con una persona para mí queridísima, con una especie de segunda madre que cuidó de mi niñez, hizome mirarla con señalada predileccion, lo cual ella agradecia mucho, y hasta roguéle un dia que me consintiera tomar con lapiz, en un breve apunte mal dibujado, algunas líneas de su fisonomía, que conservo como verás. Sucedió tambien que muchos domingos cambiaba yo mi pan blanco con el moreno y sobado de la cabrería, que encerraba no escasa mezcla de centeno. Y claro es que ya en adelante llevaba en mis ascensiones semanales, con preferencia á todo otro apoyo, el baston blanco regalado por el pastor. Dicho se está tambien que yo entraba en la cabrería como Pedro por su casa, y las cabras ya no se espantaban ni en la pradera ni en el corral, los niños salian á mi encuentro, el pastor me saludaba con agrado, su mujer me daba la bienvenida, la anciana Rosa venia con aficion y respeto á sentarse, no lejos del consabido banco de madera, en el poyo del umbral de la puerta de la cabaña, y hasta el perro ya no ladraba al verme, sino que movía alegremente la cola.

Aquello cesó como cesa todo lo bueno, es decir, demasiado pronto, porque no residí arriba de dos años en la hermosa ciudad. Pero cabalmente en la primavera del último viví contentísimo por larga temporada en una bella casita de San Gervasio, propiedad de mi querido maestro D. Antonio Bergnes de las Casas, con jardin delante y detrás, y en la mas alegre y pintoresca situacion, que puede apetecerse por un tan aficionado amante del campo y de la naturaleza, como es tu amigo. Madrugaba, paseaba, estudiaba por veredas y ribazos muchas horas del dia, y otras las pasaba en la deliciosa casita, contemplando los bellos paisages que por todos lados se descubrian, y gozando de la paz, don precioso de la vida. Me acuerdo que en el alfeizar de una ventana se hallaba trazado con lapiz el único letrero que se veia en toda la casa; eran dos versos de un poeta aleman, de Goete, que traducidos en prosa dicen así:

¿Por qué andar siempre vagando con anhelo?

Mira ¡lo bello está tan cerca!

Allí gozaba mi alma del dulce reposo que contemplaba en torno suyo.

Una mañana tuve una sorpresa. Se abrió la verja del pequeño jardin que delante de la casa habia: oyéronse pasos que se acercaban, y apareció en la puerta de la salita baja, en donde estaba yo, la figura modesta y simpática de la anciana de Vall-Vidrera. Jamás representacion mas viva de la bienhechora de mis primeros años hirió mis ojos ni mi corazon. Llevaba al costado una canasta llena de regalos para mí: un ramo de flores, siemprevivas de la montaña,

cogidas por ella; un jarro de leche; un pedazo de queso; y sobre todo y con especial cuidado, un trozo de aquel pan moreno que yo hallaba tan sabroso y tan á gusto comia. Al ofrecerme aquel obsequio tímidamente y con rubor me dijo: «Señor, este pedazo de pan traigo, ¡es cosa tan fea! ¡pero como á V. le gustaba tanto!.... Nada contesté. Púseme de pié ante ella con respeto, y contemplándola conmovido, brotó una lágrima de mis ojos. Me faltó en aquel instante otra respuesta á su delicado comportamiento.

Despues de su grata, y para mí inolvidable visita, llené su canasta lo mejor que pude de aquello que en la casa habia, sin olvidar ponerle otro ramo de flores del lindo jardin de la espalda de mi poética vivienda.

Rosa volvió á salir de ella para regresar á su cabaña de Vall-Vidreira. La acompañé hasta fuera de la verja; y al separarnos sentí pena, como se siente cuando se apartan dos corazones amigos. Llegué hasta la revuelta del camino, en donde habia una larga porcion de este que yo podia divisar. Y desde allí con ojos inmóviles, pero con el corazon conmovido, la vi alejarse hasta que desapareció.

¡No volveré á verla! dije con tristeza. Y no la he vuelto á ver.

A los pocos dias surcaba yo hácia Valencia, tu patria querida, para proseguir hácia la mia, que amo muchísimo, aquel mismo mar que tantas veces contemplé desde la cumbre del *Tibi-dabo*.

No he vuelto á verla; pero guardé y conservo el pedazo de pan negro y el ramo de siemprevivas de aquella delicada mujer, el tosco dibujo de su fisonomía, con la fecha en que fué trazado en Vall-Vidreira, y el baston blanco de espino silvestre que me regaló el pastor.

Y he guardado tambien el vivo recuerdo en mi memoria y en mi corazon de aquella escena tierna y de aquella alma noble, el cual te presento en estas líneas en pago del que tú me has dedicado y acabo de recibir.

Tambien es flor menuda, como ves, la que te envio, pero de grata fragancia. Acójela con la buena voluntad con que te la ofrece tu amigo,

Carlos.

EL GRANO SOBRE LA ROCA.

Al recordar lo que llevamos escrito en los cinco años que cuenta de vida LA VOZ DE LA CARIDAD; al pensar con amargura que ninguna reforma por nosotros propuesta se ha llevado á cabo, que ningun pensamiento benéfico por nosotros concebido ha recibido ni un prin-

cipio de realizacion (*), se nos viene á la memoria aquella semilla de que habla el Evangelio, y nos parece que nuestra palabra es el grano que cae sobre la roca y no fructifica. Cuando hemos pedido limosna para los pobres ó para los heridos, en mayor ó menor cantidad, se nos ha dado; cuando hemos pedido cooperacion para realizar un pensamiento, no la hemos recibido. El *¡ay!* del que sufre halla eco á veces en las entrañas de la sociedad, la *idea* del que quiere consolarle no se refleja en la inteligencia.

Si la inutilidad de nuestros esfuerzos fuese tan facil de remediar como de comprender, pronto tendria remedio. La esplica, la falta de iniciativa que en España tiene el individuo que todo lo espera del Gobierno:

El deseo del bien que está entre nosotros en estado de *instinto*; no tiene la firmeza de un principio, la perseverancia de un convencimiento, la autoridad de un deber. Hacemos bien por un impulso; cesa este y termina el acto benéfico. Muy comun es oír: *Aquí todos se cansan*; y es porque nadie se convence; es porque el amor al bien, que conmueve un momento el corazon, no pasa á la conciencia y á la inteligencia; es porque miramos como *voluntario* lo que realmente es *obligatorio*; porque nos parece un gran mérito hacer un poco de bien, sin ver que en el mucho que dejamos de hacer pudiendo, hay una grave falta. Toda obra grande exige perseverancia, y son pocas las personas que la tienen, cuando por lo general se considera el hacer bien en los hombres como la razon en los niños, como una *gracia*, y de ningun modo como un deber de justicia.

A estas dificultades se añade para nosotros, el corto número de lectores, entre los cuales ha de haber necesariamente muy pocos que sean escepcion á la regla general, y que no se desalienten al verse tan solos.

Y al considerar tantos, tan poderosos obstáculos, tan imposibles de vencer para nosotros, ¿cómo no nos declaramos vencidos, y nos reducimos al silencio, y dejamos de echar granos que caen sobre la roca? A veces nos llegan auras de simpatía, ráfagas de amor, que confortan un poco nuestro corazon y refrescan nuestra frente. A veces vemos una conciencia que se despierta, se fortifica ó se consuela al encontrarse con la nuestra, y recordamos que viajando por las montañas, hemos visto plantas sobre las peñas, donde parecia imposible que vivieran, y hemos dicho: ¿Quién sabe si en esta roca donde sembramos nuestras ideas, al parecer tan descarnada y tan

(*) Las Decenas serian la escepcion única, si no estuvieran en tal decadencia que hace temer su completa ruina.

dura, habrá alguna grieta por donde penetren las aguas del cielo, algun poco de tierra donde pueda germinar el grano que se arroja? Cosecha es locura esperarla. Pero ¿no podría tal vez logarse aumento de semilla?

Esta duda y esta esperanza nos ha sostenido muchas veces, y nos alienta hoy, á hablar una vez mas del horrible y vergonzoso estado de nuestras prisiones. Muchas cosas hay en la patria que hacen asomar al rostro el color de la vergüenza, pero ninguna tan ignominiosa como el estado de nuestras cárceles y presidios: ellos son nuestro mayor oprobio y tal vez nuestro mayor crimen; no hay á nuestro parecer ninguno colectivo tan grande como poner por fuerza á miles de hombres, constante y sistemáticamente, en condiciones en que necesariamente han de hacerse peores: es este un atentado moral de tal índole y magnitud, que solo porque no se comprende no se subleva contra él la conciencia pública.

Todos los dias hay escándalos vergonzosos, inícuos ó sangrientos en las cárceles y presidios: unos se publican y otros no; siendo de notar que los periódicos dan la noticia de que se fugaron estos presos, fabricaron billetes de banco aquellos, se sublevaron estos, tuvo la guardia que hacer fuego sobre aquellos; dan la noticia, decimos, sin comentarios, como se pone en conocimiento del público los males causados por una inundacion ó una nube de piedra: los horrores de nuestras cárceles y presidios parece que se consideran como una cosa fatal, necesaria, inevitable.

Caen y se levantan monarquías y repúblicas; pasan por el poder los hombres de todas las clases y de todos los partidos; y no hay uno, uno solo, que diga: Voy á poner la primera piedra en el edificio de la reforma de las prisiones, y estas siguen siendo la llaga cancerosa que, á pesar de estar al descubierto, ni horror inspira ni lástima.

No hay que acusar clases, ni partidos, ni Gobiernos: todos faltan, nadie cumple con lo que la conciencia y el honor nacional exige que hagamos.

Cuando decimos *todos*, queremos decir la inmensa mayoría: algunos piensan en el lastimoso estado de nuestras prisiones, quisieran reformarlas, y aun han hecho para conseguirlo algunos esfuerzos inútiles. Estos esfuerzos ¿eran inevitablemente inútiles, ó lo han sido por hacerse aislados? ¿El número de los que quieren la reforma de nuestros presidios es tan corto, que nada, absolutamente nada puede intentarse? Tal vez, pero es lo cierto que no nos hemos contado. Que no somos muchos parece claro, pero reunidos, ¿no seríamos suficientes para empezar con buen éxito la obra de prepaganda? ¿No podría formarse una *Asociacion para la reforma de las prisiones*? Uni-

dos así los que la desean, algo podrian hacer por ella; estamos seguros de que algo harian, porque las fuerzas que se asocian para el bien no se suman, se multiplican. ¿Quién sabe si existirán latentes muchas que no sospechamos, y que no necesitan mas que un impulso para revelarse? El programa de la *Academia de Ciencias Morales y Politicas*, que insertamos á continuacion, prueba que la cuestion del sistema penitenciario no es es ajena á las tareas de esta Corporacion científica; es un motivo de esperanza, y una prueba de que hay una minoría, tal vez no insignificante, que quiere y está pronta á trabajar en la reforma de nuestros presidios.

Proponemos, pues, una *Asociacion para la reforma de las prisiones*. El año que viene va á reunirse un Congreso internacional para tratar de las cuestiones penitenciarias; á él creemos que asistirán representantes de todos los pueblos civilizados. Si España envía el suyo, ¿qué dirá? El color de la vergüenza asomará á su rostro, cuando á la pregunta de *¿qué se ha hecho en vuestra patria para reformar los prisiones?* tenga que contestar con un ignominioso ¡NADA!

Que al menos puedan decir que personas de buena voluntad se han reunido; que han hecho algunos trabajos; que han empezado á influir en la opinion; que se ha dado, en fin, principio á la grande obra. Que España pueda llevar al Congreso internacional, si no el deber cumplido y la reforma, el arrepentimiento y la esperanza.

Quisiéramos dar á nuestra palabra, cuya impotencia hemos probado tantas veces, aquella autoridad que suele dar á las menos autorizadas la proximidad de la muerte. *Lo último que dice* el que muere impresiona mucho, con mas ó menos razon, pero es lo cierto que adquiere un valor que no tiene en sí por lo comun aquella postrera frase. ¡Si al menos en este concepto pudieran algo las nuestras! Porque LA VOZ DE LA CARIDAD, con mucho sentimiento de los que la redactan, es posible que tenga que cesar, y que sus palabras de ahora sean las de un moribundo ¡ay! que morirá con la pena de haber vivido inutilmente.

Concepcion Arenal.

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS.

CONCURSO PARA EL AÑO 1875. = TEMA ÚNICO. = *¿Convendría establecer en las islas del Golfo de Guinea, ó en las Marianas, unas colonias penitenciarias, como las inglesas de Botany-Bay?*

Se observarán las reglas siguientes:

1.^a Los autores de las Memorias que resulten premiadas obtendrán una medalla de bronce, 2.000 pesetas en dinero, y doscientos ejemplares de la edicion académica de la obra.

2.^a La Academia podrá tambien conceder á cualquiera de los autores el título de académico correspondiente, si hallare en sus obras mérito extraordinario.

3.^a La Academia, adjudique ó no el premio, se reserva declarar el *accessit* á las obras que considere dignas, el cual consistirá en un diploma, la impresion de la Memoria, y la entrega al autor de doscientos ejemplares de ella.

4.^a Las obras que hayan de optar á premio se señalarán con un lema, y se remitirán al Secretario de la Academia antes del 1.^o de octubre del año á que corresponda.

5.^a Los autores de Memorias ú obras á que la Academia adjudique el premio ó *accessit*, conservarán la propiedad literaria de ellas.

6.^a Cada autor remitirá con su Memoria un pliego cerrado, señalado en la cubierta con el mismo lema de la Memoria respectiva, y que en la parte interior contenga su firma y espresion de su residencia.

7.^a Adjudicado el premio ó *accessit* á cualquier Memoria ú obra, se abrirá solemnemente el pliego cerrado á que corresponda, inutilizándose los demás, en la Junta pública general en que se haga la solemne adjudicacion.

8.^a A los autores que no llenen las condiciones expresadas, ó que en el pliego cerrado pongan nombre distinto del suyo ó contraseña que no lo contenga, no se les dará premio, y la Academia acordará publicar ó no las obras presentadas sin esta formalidad, como propiedad del cuerpo.

9.^a Los académicos de número no pueden aspirar á ninguno de los premios.

Madrid 5 de enero de 1875.=Por acuerdo de la Academia,
Francisco de Cárdenas, Secretario.

DEUDAS QUE SE OLVIDAN SIENDO TRES VECES SAGRADAS.

Hace mucho tiempo clamamos (en desierto, como solemos clamar) contra el incalificable hecho de obligar á los establecimientos de beneficencia á vender sus fincas, dándoles en cambio un papel que constituye una obligacion por parte del Estado, de pagar un rédito que no se paga. Pedíamos que, aunque no se pagaran los réditos de ninguna deuda, estos debian pagarse, declarándolos privilegiados, por la clase de necesidades que se cubrian con ellos; porque no habia sido *voluntario* el préstamo; y por escarmentar y desviar á las personas caritativas de hacer donativos á las casas de beneficencia, visto que los Gobiernos no los respetan, y que el producto de una finca que la voluntad del donante destinaba á consolar dolores, se emplea tal vez en unas armas que han de causarlos. ¿Puede darse cosa mas contra razon y justicia?

Miles de acogidos en las casas de beneficencia sufren las consecuencias de que sus créditos no sean privilegiados, habiendo escasez y tal vez miseria, donde debia reinar la abundancia. Donde quiera se ven las desdichadas consecuencias de este olvido de lo que exige el derecho y de lo que inspira la caridad. Véase lo que á este propósito dice nuestro apreciable cólega *El Correo de Audalucia*, doliéndose de la situacion en que se halla el *Asilo de pobres de San Julian*, en Málaga.

«Pocos establecimientos de beneficencia de los existentes en esta provincia, llenarán sus fines y prestarán utilidad como el Asilo de pobres de San Julian, pero seguramente no hay ninguno mas sometido á contrariedades y al olvido del público.

»Fundado, como todos saben, en la época de la conquista de Málaga, pudo alcanzar nuestros dias con algunos bienes aglomerados por la piedad general, y en particular por la Hermandad de la Caridad que viene ejerciendo su patronato. La venta de los bienes eclesiásticos perjudicó á este infortunado Asilo, y tras esta injusticia ha venido otra que corona la anterior, y es que pronto hará dos años que el Gobierno no da un céntimo á cuenta de los intereses que se obligó á pagar.

»Júzguese, pues, de las amarguras por que pasará la Santa Hermandad de la Caridad, para que sus queridos pobres no se vean faltos de la asistencia con que allí se les brinda. Personas la componen de posicion y desahogo, pero las necesidades de un asilo-

hospital con iglesia abierta al culto público, son mayores que las buenas disposiciones de aquellos á quienes nadie, y esta es otra desgracia de la piadosísima fundacion, presta auxilios por regla general. Muy rara, con efecto, es la vez que se incluye al Asilo de San Julian como partícipe de los repartos de dinero ó efectos que tan á menudo hacen las autoridades ó particulares en esta humanitaria poblacion, á pesar de ser, por su carácter no oficial, mas acreedor á una limosna que los establecimientos sostenidos por la gestion administrativa.

»¿Por qué tanto infortunio para un asilo cuya utilidad verdaderamente benéfica es bien conocida? ¿Por qué ese desamparo de una Corporacion cuyos actos y fines no merecen otra cosa que gratitud y elogios?

»No lo comprendemos: pero seámos lícito llamar la atencion de quien corresponda sobre la necesidad de que se abonen algunos atrasos de los que el Gobierno adeuda, no haciendo otra escitacion á la caridad pública que las consideraciones que anteceden.»

CUADROS DE LA GUERRA.

La primavera tiende su manto sobre esas campos, teatro de lucha impía.

Las aguas corren cristalinas, el suelo está verde, el cielo azul, los árboles floridos, y allá en las alturas hay una corona de inmaculada nieve que brilla al sol como una aureola.

El aura se mece blandamente, y trae perfumes y vida.

Las aves fabrican sus nidos y cantan sus amores: vuelve la golondrina cuyo techo amigo derribó el cañon; vuelve por ese encanto que tiene la tierra donde se ha nacido y donde se ha amado.

La yerba esmaltada de flores, crece en las ruinas, borra las huellas de la sangre y cubre los sepulcros. La naturaleza está alegre en esta tierra de dolor: parece sonreir como un niño que ignora la pena de su madre; quiere reparar todo el mal hecho por los hombres, y les ofrece paz y bienandanza. ¡Ay! Se la ofrece en vano.

Las ruedas de la artillería y les herraduras de los caballos no dejarán que segar: la verde yerba se teñirá de sangre; el aura llevará los ayes dolientes de los heridos, y los árboles darán sombra á nuevas tumbas.

La primavera, que respira amor y vida, no será mas que un horrible contraste con el odio y la muerte.

Ved en aquella casita una mujer que se levanta con estrellas. Su marido, ausente, ignora si muerto, no puede ayudarla á sustentar tres hijos pequeñuelos que duermen. Dormidos los deja, y con un cántaro de leche y una cestilla de huevos, se encamina al mercado distante.

Va muy triste en la incertidumbre de la suerte que ha cabido al padre de sus hijos, sumidos en la miseria.

Piensa con amargura en aquellos tiempos de paz y de abundancia, en que la leche de la vaca y los huevos de las gallinas no se vendian en su casa. Ahora los vende, no para comprar el pan que necesita, sino para satisfacer la contribucion de guerra, porque ¡ay! de ella si no la paga.

La amanece por el camino, y no la alegra la aurora. ¿Cómo no ver triste el nuevo dia que trae nuevos dolores?

Llega al mercado, y tarda en vender; no halla comprador, porque quiere vender caro. Viendo que por conveniencia nadie le da el precio que exige, le pide por caridad y diciendo:

—Deme V. algo mas por amor de Dios; si no tendré lo justo para la contribucion, y no podré llevar un pan y un poco de aceite para hacer unas sopas á mis hijos.

—¿Y yo no pago tambien contribucion de guerra? ¿Cree usted que los que la exigen me dejan mucho dinero para regalar á los vendedores? Si acomoda el justo precio, ahí está; si no, quédese usted con su mercancía, y en paz.

Así le responden, con esa dureza que es una enfermedad moral epidémica en las grandes calamidades. En ellas unos pocos ponen de manifiesto su abnegacion, y la multitud su egoismo.

El tiempo pasa, y la pobre mujer ve que le pierde: vende barato, y nada compra. Vuélvese para su casa. A veces camina precipitadamente, como quien tiene prisa de llegar; marcha otras con paso lento, sea por falta de fuerza física, sea que decaiga su ánimo. Nadie compadece el dolor que claro se lee en su rostro; nadie le ve siquiera; ¿quién va á reparar en una mujer mal vestida y mal calzada, á quien nada de particular sucede, porque es muy general la desgracia que la aflige?

Desde un alto descubre su casa, y el corazon se le oprime: poco despues ve á sus hijos que impacientes han salido á esperarla. Cuando, avalanzándose á ella, le preguntan *¿qué trae?* apartándolos de sí responde con un ¡NADA! imposible de repetir. Hay tanto dolor, tanta desesperacion, tanta ternura, tanta cólera en aquellas dos sílabas, que los pobres niños se quedan como asombrados, y la miran en silencio: ella, como si no los viese, sigue andando, cuenta dine-

ro, le entrega, y cuando vuelve á casa, sale de sus labios la primera maldicion que ha pronunciado en su vida: los inocentes, atónitos, tienen miedo, no se atreven á acercarse, la miran con ojos espantados, hasta que ven que llora: entonces, llorando ellos tambien, la abrazan diciendo:

—¡Madre, tenemos mucha hambre!

Concepcion Arenal.

LA CARIDAD EN LA GUERRA.

La Seccion Central de la *Cruz Roja* ha trasladado á Olite (Navarra) el hospital que hace próximamente un año habia establecido en Miranda de Ebro. El objeto de esta traslacion es acercarse á la línea en que es probable haya mas combates, y por consiguiente mas heridos. El local de Miranda queda por cuenta de la Asociacion, y en él 12 camas para recoger y hacer la primera cura á los heridos que pudiera haber en las inmediaciones; auxilio oportunísimo en un pueblo cuyo pequeño hospital no basta para los enfermos de la guarnicion y columnas que por allí pasan ó se detienen. El hospital civil de Miranda tiene solamente 32 camas, y tanto por su reducido número, como por estar la mitad destinada á virolentos, se comprende la necesidad de recojer los heridos en otro local, y el servicio que la *Cruz Roja* presta proporcionándolo.

Miranda de Ebro, por su situacion, ha sido y será mientras dure la guerra, tránsito continuo de tropas, que dejan enfermos y heridos, y necesitaba un hospital grande; ya que la *Cruz Roja* no pueda proporcionárselo, como continuacion del mucho bien que allí ha hecho, le deja un hospitalito de sangre, provisto en este momento de hilas, trapos y vendajes, con los últimos dones hechos á LA VOZ DE LA CARIDAD. Nuestras caritativas favorecedoras, sean como hasta aqui incansables, continúen sus donativos de hilas y trapos, que enviaremos, como siempre, á donde hagan mas falta: presumimos que han de hacer mucha en el Hospital de Miranda de Ebro, que ponemos especialmente bajo su proteccion.

El Baron Mundy, médico austriaco, entusiasta propagador de la institucion de la Cruz Roja, es á la vez miembro ilustrado de las asambleas internacionales, facultativo incansable é inteligente en los campos de batalla, inventor ingenioso y fecundo en medios de pro-

porcionar á los pobres heridos alivio cuando son conducidos á largas distancias del lugar á donde caen, ó cuando, aunque sean cortas, sufren cruelmente por la clase ó gravedad de las heridas. Este hombre ilustrado y benéfico, ha hecho á los heridos del ejército español el donativo de seis camillas de su invencion, que no dudamos serán de aplicacion muy útil, dada la mucha ciencia y larga práctica del donante, que para su remision las ha puesto en manos del Señor Conde de Sonurier. Este incansable amigo de los heridos españoles, pagando el porte, ha dirigido las camillas á S. M. el Rey. Quiera Dios que por este medio hallen libre paso en la aduana, y que se envíen inmediatamente á donde puedan ser necesarias y servir de modelo si, como creemos, son útiles.

Enviamos al Sr. Baron Mundy gracias muy sinceras en nombre de los heridos. La sanidad militar podrá enviarle alguna cosa mas satisfactoria para él, la noticia de los buenos resultados que da su camilla, y de lo provechoso que ha sido su donativo.

Concepcion Arenal.

EL DEDO INDICE DE LA MANO IZQUIERDA.

FÁBULA.

Cuando, por un motivo harto ligero,
 Desechó á Doña Vasthi Don Asuero,
 Sus ministros, en sábia controversia,
 Decretaron hacer en toda Persia
 Leva de señoritas
 De cualquier condicion, siendo bonitas,
 De quienes á placer, con libre mano,
 Se adjudicara novia al Soberano.
 Fue la recoleccion tan poco parca,
 Que se hartó de ver niñas el Monarca,
 Y limitarse quiso,
 Por superior y celestial aviso
 (Resolucion estraña, pero cuerda),
 A verles sólo la manita izquierda.

Pasaban á un salon las elegidas,
 Y ante dos cortinajes detenidas,
 Alargaban la mano al Rey oculto,
 Que mirándola á bulto,
 Se dejaba decir con desenfado:
 «Visto, bueno; enterado.»

Entre cortina, pues, y entre cortina,
 Zurda una vez apareció divina
 (Ojo:—trasposicion esto se llama),
 Que en amoroso ardor al Rey inflama;
 Y el un velo del otro separando,
 Absorto queda ante sus piés mirando,
 Portento de modestia y hermosura,
 La adorable arcangélica figura
 De Ester, por mano del Señor electa,
 En virtud y beldad virgen perfecta,
 Para ser en el dia de amenaza
 La feliz salvadora de su raza.
 Entusiasmado el Rey y enternecido,
 Y entre dos dedos manteniendo asido
 El de la hermosa Ester índice izquierdo,
 «La prediccion recuerdo,
 La prediccion me cumples (repetia),
 Que un profeta de Dios hizome un dia:
 «Tendrás consorte de virtud colmada,
 Y de rostro y de tino sobrehumano,
 Si la doncella eliges que no tema
 Dejarte ver en su siniestra mano
 Maltratada del índice la yema,»
 Tu amante Rey ansioso te pregunta
 ¿Qué hizo este pobre dedo por la punta,
 Que algo se me presenta deslucido,
 Por parecer estar como roido?
 Responde Ester modesta:
 «Facil es la respuesta,

Señor, que darte puedo.
 Esto es que en mi labor me coso el dedo.—
 Tú eres la compañera peregrina
 (Exclama el Rey), que el cielo me destina.
 Él ha querido que mi esposa fuera,
 Sobre insigne beldad, gran costurera.
 Recibe ufana la real corona,
 Que tus méritos altos galardona.»

Esto, que dicho así, parece cuento,
 No consta en el Antiguo Testamento.
 Hállase en un escrito de aljamía,
 Y á fábula, de allí, se le reduce.
 Mas la verdad en ella se trasluce
 En medio de arabesca fantasía,
 Y es util documento
 Para dar su valor entre cristianos
 A la buena mujer de buenas manos.

Juan Eugenio Hartzembusch.

(De la Defensa de la Sociedad.)

ERRATA.

Página 48, línea 23, dice: núm. 15; debe decir: 45.